SEGUNDA PARTE DE *DON* CARLOS *DE* UDARCA.

Supuesto, noble Auditorio,
que en otra parte primera
dixe, que daria fin
à toda aquesta tragedia.
Pasados quarenta dias,
con mui poca diferencia,
Don Carlos se vido sano,
y sus cicatrices buenas,
preguntando por su dueño
los Padres dàn por respuesta,
que en las Monjas Capuchinas
se depositò y que sepa,
que todavia està mala;
pero vea lo que intenta
para salir de aquel Pueblo
que con pesquisas ligeras,
y Requisitorias largas,
que à toda España rodean,
procuran de dàr con èl,
y le tendrà mala cuenta.
Oyendo aquestas razones,
dispuso vèr à su prenda,
y para la execucion
fuè à las Monjas, y se llega
al Trono, y dando dos golpes
le respondiò la *Portera*,
y le dice: Madre mia,
sabrà usted si està ya buena
una Señora, que vino
herida, y para mas señas,
Doña Isabel es su nombre,
y su apellido Contreras?
La Monja le respondiò:
Ya esa Señora està buena;
pero todavia debil,
puesta en la Convalecencia
asiste, si usted quisiere,
* que lleve, ò diga qualquiera

re-

recado que usted me mande,
lo harè con pronta obediècia.
Pues tome, Madre, este anillo,
y digale à esa Doncella
si lo conoce, que aguardo
en el Libratorio, y sea
quanto antes su venida,
y que si no, la respuesta.
Con esto se lo entregò
la Manja à grande priesa,
y se lo diò à la Señora,
la qual en verle se alegra,
y sin detenerse un punto
baxò por las escaleras,
y asi, que vido à su dueño,
uno, y otro vierten perlas
por los ojos de contentos,
y le dice la Doncella:
Dime, mi bien, què harèmos
ya estàs tu sano, y yo buena,
y por aquestos contornos
nos tiene mui mala cuenta,
de quedarnos, con que asi
puedes elegir qualquiera
medio para que salgamos,
pues, dices, que en Valencia
tienes todos tus parientes,
discurro, que fuera buena
idèa el irnos allà,
gozarèmos de la Iglesia
sus Divinas Bendiciones,
que puede ser, que asi tengan
descanso nuestras fatigas,
el alivio à tantas penas,
que te parece, Don Carlos?
Dices bien, Señora, sea
quanto antes el viage:
y recogiendo de priesa
joyas, y galas costosas,
con cantidad de moneda,
salieron en un Caballo,
la buelta para Valencia,
toman, sin hacer parada,
en posada, casa, o venta:
siempre caminan de noche,
y una mañana, que apenas
el claro, y luciente Phebo
daba luz à las tinieblas,
de el camino se apartaron,
tomando una oculta senda
en la cima de un gran monte,
en medio de una arboleda,
se sientan à descansar,
con cariñosas ternezas,
quedò Don Carlos dormido,
mas la Señora, que vela,
oyò algun ruido, y volviendo
la cara vido, que eran

diez

diez famosos Vandoleros,
que atemorizan la tierra,
quiso ocultarse, y no pudo,
que aunque andubo ligera,
uno de los Vandoleros
la divisò con presteza;
à los suyos les ha dicho:
Amigos, tenemos presa,
vèn ustedes donde estàn
dos personas, y se prueba,
el ser la una muger;
vamor à ver como queda
nuestra fortuna, que bien
parece gente de prendas.
La Señora con sollozos,
que enternecia las piedras,
despertò à su fino amante,
diciendo de esta manera:
Levanta, dueño querido,
que oy la vida se nos queda
en manos de estos Vandidos,
prenda mia, y quantas penas,
à mi corazon ahogan!
Pues veo tantas tragedias
como nos estàn pasando,
siendo la causa yo mesma.
Y estando en estas razones,
Don Carlos, que se recuerda,
oyendo aquestos lamentos,
le dice: Querida prenda,
què tienes? Porquè suspiras?
Quien ofendo tu belleza?
Y rodeando la cara
vido pronta la evidencia.
Se levantò presuroso
con el trabuco, y se queda
plantado diciendo: Amigos,
alto; no pasen siquiera
un paso, porque à no hacerlo
hemos de regar la tierra
con la purpura, que està
encerrada en vuestras venas.
Mas viendo tal desahogo
los Vandoleros, se quedan
pasmados de su osadia,
el Capitan les dixera:
Matadlo, quando se aguarda?
D. Carlos, que esto oyera,
el corazon le partiò
à el Caudillo, y tambien dexa
à otro compañero herido.
Aqui sì fuè la pendencia
mas reñida, que se ha visto,
y en las Historias se cuenta;
le mataron el Caballo,
y le han quebrado una pierna
no del todo, pues que pudo
montar con liberaleza

en otro soberbio bruto,
y al que no mata, atropella,
colerico, y enojado:
la Señora quasi muerta,
muy desmayada decia:
Asiste fortuna adversa,
con què rigor me maltratas,
en mi se empleò tu rueda.
Huyeron tres Vandoleros,
y los otros siete quedan
difuntos en la estacada;
Dios les de la Gloria eterna.
Don Carlos, que se quedò
con la victoria, se llega
à su querida, y le dice:
Levànta, hermosa Azucena,
nos irèmos à un Lugar,
que de aqui dista tres leguas,
para curarme esta herida,
que saliendo con presteza,
al amanecer estamos
en la Ciudad de Valencia,
y à la casa del Obispo
se fueron à darle cuenta.
Llegaron, como lo ha dicho,
y su Ilustrisima queda
admirado, solo en vèr
lo que el amor atropella:
les hechò las bendiciones,
y con explendidas mesas
se celebraron las bodas,
y apadrinados los dexa
con el Virrey, y el Autor
pone el fin, que es la Diadema
que corona qualquier obra
para que sea perfecta.

FIN

Impreso en Llerena, por Francisco Barrera, donde se hallarà todo Surtimiento.